Los amores peligros de Lorena Carver

Antonio Civantos

LOS AMORES PELIGROSOS DE *Lorena Carver*

Antonio Civantos

Avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2025
© Antonio Civantos, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-54-8
THEMA: F -FBA -FFC
DEPOSITO LEGAL: M-25236-2025

A mi mujer, que ha sido herida por el rayo.

Capítulo 1

Reconocí a Elisa Tagle entre el público del Teatro Real. Aquella noche representaban *Norma* y me fijé en que las lágrimas anegaban sus mejillas cuando la Garifullina entonó una de las arias más famosa del género lírico.

A la salida me hice el encontradizo y noté que ella se alegró de verme. Por mi parte fue una emoción añadida a la música de Bellini. Siempre me gustaron los ojos pardos de esa chica. Incluso hubo un tiempo, allá por la época visigótica, en que traté de cortejarla, pero ella se enamoró perdidamente de un tipo de Carolina del Norte y no tuve más remedio que hacer mutis por el foro.

Aquellos ojos, a sus sesenta años, obviamente ya no lucían con el mismo brillo de entonces. La tristeza reinaba en su mirada en forma de nube, atenuando fulgores antiguos. También algunas arrugas habían anidado trágicamente en su cara, y el escote en pico de su vestido negro me permitió comprobar, en una

inmersión rápida y visual, el efecto perverso de los rayos gamma sobre las margaritas. Aun así, Elisa Tagle seguía siendo una de las mujeres más interesantes que recordaba.

Nuestras miradas se congelaron unos segundos. Nos abrazamos sin decir nada. Nos separábamos, nos mirábamos y volvíamos a abrazarnos. Después nos contamos a grandes rasgos lo que había ocurrido desde nuestra separación en Nueva York. Yo sabía por la prensa que su hija había sido asesinada hacía año y medio por un tipo que se coló en su casa para robar.

Era el momento de darnos los pésames respectivos por las muertes de Lorena y de Millie, mi mujer. Después hablamos de todo, como si el tiempo no hubiera transcurrido. Me di cuenta de que volvía a gustarme igual que cuando era joven.

Tras dar un repaso verbal a los hechos más banales de nuestras vidas, encontramos un tema de conversación en la ópera que acabábamos de presenciar.

—Ciro, ¿no te parece que Bellini es uno de los autores menos comprendidos de la historia de la ópera? La fama la han acaparado compositores como Verdi, Puccini, Rossini, Mozart, Wagner…

—Tal vez su música sea demasiado triste.

—Puede ser, pero después de la muerte de mi pobre hija es la única música que soporto.

—A mí me pasa lo mismo.

—Mi querido, Ciro, qué solos nos hemos quedado.

—Elisa, ¿te gustaría cenar conmigo?

—Sí, Ciro, me gustaría cenar contigo. Ya va siendo hora de que celebremos una amistad que viene de siglos.

—¿Recuerdas que hace muchos años me tenías muy enamorado? Incluso estuve a punto de pedirte que te casaras conmigo.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque te enamoraste de ese millonario de Carolina del Norte.

—A los dieciocho años, era una chica muy tonta.

—¿Crees que te equivocaste?

—Claro que me equivoqué, pero entonces no tenía una bola de cristal para saber cómo iba a ser mi vida.

En un taxi nos fuimos a cenar a Jockey. La primera parte de la cena no paramos de hablar de nuestros tiempos en la embajada. En los sesenta, mi padre fue el embajador de España en las Naciones Unidas y el padre de Elisa era el agregado cultural.

—¿Estás seguro, Ciro, de que estuviste enamorado de mí?

—Elisa, aún lo estoy.

—Oh, Ciro, eres encantador. Sabes cómo agradar a una vieja.

—¿A qué vieja te refieres?

—Debiste pedirme que me casara contigo.

—¿Cuánto hace que murió el señor Carver?

—Más de veinte años. Pero nada ha sido tan doloroso como la muerte de Lorena. Pobre hija mía.

Elisa cenó una ensalada de alcachofas y un rodaballo a la plancha. Me pareció que lo más correcto sería seguir sus gustos culinarios y pedí lo mismo que ella. El problema fue que se decantó por una botella de agua. Me dije que mi sacrificio no podía llegar tan lejos, así que me armé de valor y traté de persuadirla acerca de las bondades anímicas del champán. Luego me arrepentí de mi gran poder de convencimiento.

La tercera copa fue definitiva. Si lo llegó a saber nunca se la hubiera servido, pues lejos de animarla consiguió entristecerla hasta cotas insospechadas. Después volvió sobre la muerte de su hija. Me pareció una historia terrible. Por muchos años que uno haya vivido, por mucho que uno haya visto y oído, por mucho que uno haya padecido, siempre habrá alguien cuya experiencia personal sea mucho más trágica que la tuya. La vida es como un taller de aprendizaje y las lecciones se presentan sin previo aviso, resultando cada una más difícil y absurda que la anterior.

—Ciro, lo que trato de decirte es que mi hija no fue asesinada por ningún ladrón que entrara a robar, sino por su marido.

—¿Cómo puedes estar tan segura de una cosa así? Recuerda que tanto el juez como el fiscal y la misma policía llegaron a una conclusión muy distinta.

—Ciro, créeme, ese chico no era ningún ladrón, sino un amante eventual de Lorena. Uno de tantos que llegó a tener.

—¿En qué te basas para afirmar una cosa así? ¿Acaso te lo dijo ella?

—No, no me lo dijo, pero conocía a mi hija y estoy casi segura de que era uno de sus amantes.

—¿Es que acaso tenía varios?

—Mi pobre hija era una adicta al sexo y una devoradora de hombres. Naturalmente, era demasiada mujer para Eusebio, treinta años mayor que ella. Por eso la mató cuando la encontró en la cama con el chico. Primero se lio a tiros con ella y después trató de matarle a él, pero ese desdichado logró descolgarse por la ventana, precipitándose al vacío y dejándose los sesos en el suelo. Supongo que Eusebio preparó la escena para que pareciera un robo y todo lo demás.

—¿No había nadie más en la casa?

—No. El servicio se iba por la noche.

—¿Y los vecinos?

—Los vecinos no oyeron nada porque la pistola llevaba silenciador.

—Si ocurrió como dices, tu yerno cometió el crimen perfecto.

—¿No te gustaría darte el placer de desenmascararlo?

—Elisa, vida mía, estoy demasiado mayor y terriblemente cansado.

—No sabes lo que es vivir con la sospecha de que el asesino de tu hija ande por la vida como si tal cosa, gastando a manos llenas el dinero que heredó de su víctima.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Mi hija heredó de su padre cincuenta millones de dólares, los mismos que se ha quedado mi yerno.

—Comprendo que para ti sean cincuenta razones para sospechar del heredero. Es lo más normal en estos casos. Yo también sospecharía.

—Ciro, escúchame, ya sé por la prensa que eres inmensamente rico y que no necesitas trabajar para vivir, pero a cambio estoy dispuesta a que cumplas uno de tus sueños de juventud.

Aquello fue un gancho en plena boca del estómago. Confieso que me dejó unos segundos sin respiración. No sabía qué contestar. Si la ofrenda hubiera venido de una mujer veinte años más joven, la respuesta al menos habría sido más rápida, pero Elisa ya había cumplido los sesenta y en esa banda de posibilidades uno disponía de material más que suficiente. Entre ellas mi propia ex tercera mujer, Lula Bordell, que aún conservaba un físico de lo más apetecible. Sin embargo, decidirme por una negativa al intercambio que me proponía habría sido una falta de tacto y es más que probable que la habría sentado bastante mal. De manera que opté por salir airoso mediante un ligero toque de diplomacia.

—Ese, querida, fue un sueño de una noche de verano y esta es una noche demasiado otoñal para los dos. Ni siquiera por tu hija deberías inmolarte…

—Perdona, Ciro, pero mi desesperación me empuja a cometer esta clase de torpezas. Sin embargo, te juro que, aunque no te lo creas, tu recuerdo me persiguió muchas noches durante algún tiempo. De modo que no es una inmolación, sino un deseo antiguo.

—Vamos a hacer una cosa. En primer lugar, te diré que acepto el caso, pero no a cambio de lo que me propones. Sin embargo, si tú lo deseas y quieres libremente, servidor estaría encantado de…

—Entonces, querido Ciro, que se cumplan nuestros sueños.

La noche la pasamos en una suite del Hotel Ritz. Confieso que la cosa llegó a gravitar hasta tal punto que me sorprendió agradablemente. Ambos coincidimos en que a pesar de la edad hay pasiones tan escondidas como incontrolables. No entiendo cómo el recuerdo de Elisa no volvió a inquietarme desde el momento en que ella decidió casarse con el carolingio. Sin embargo, aquella noche, al tenerla entre mis brazos, se movieron dentro de mí engranajes y resortes que ni yo mismo conocía. No sé por qué, pero empezó a corroerme la idea de que Elisa bien pudo haber sido la mujer de mi vida. Era como una certeza que extrañamente se acomodó a sus anchas dentro de mi cabeza. Claro que también estuve seguro de que tal idea, una vez pasado

un tiempo prudencial, se habría diluido como un terrón de azúcar en el café caliente del desayuno. Lo extraño es que ella, según me dijo, pensó lo mismo que yo. Una coincidencia, maldita sea, que ponía un punto de misterio a nuestro encuentro en el Teatro Real.

Desayunamos en la habitación. Ninguno de los dos quería dejar solo al otro. Incluso tuve la sensación de haberme pasado toda la vida a su lado, sin separarnos un solo instante. Sin embargo, no me atreví a proponer lo que ambos deseábamos con todas nuestras fuerzas. Al final, con el fin de no asustarla, me decidí por emplear una vía indirecta.

—Dime, Elisa, ¿vives sola?

—Desde que mi hija se casó con ese….

—¿Es muy grande tu casa?

—No, vivo en un piso de dos habitaciones.

—Yo también vivo solo. Bueno con Max, mi mayordomo.

—Yo también tengo una asistenta.

—A mí me sobran habitaciones.

—¿Por qué lo dices?

—Por si alguna vez te cansas de vivir sola y quieres mudarte.

—Ciro, ¿lo dices en serio?

—No sé qué demonios me has dado, pero es que no quiero separarme de ti.

—Ni yo de ti.

Enseguida llamé a Max y le dije que limpiara bien la habitación vecina a la mía. El pobre Max llevaba aburrido tanto tiempo que se puso de lo más contento al saber que trabajaba en un nuevo caso. También le di instrucciones para que preparara una buena comida.

Si no se hubiera tratado de la hija de Elisa, mi euforia habría estado a la altura de la de Max. No obstante, un cierto hormigueo de placer me invadió los adentros hasta unos niveles más o menos aceptables. Aquella mañana fue perfecta para mí. Había encontrado a la mujer de mi vida y un caso criminal me esperaba al otro lado del río y entre los árboles.

—¿Estás seguro, Ciro, de que no te arrepentirás?

—¿Cómo quieres que te lo diga?

—Es que te noto algo extraño en la cara.

Elisa tenía razón. Cuando pasé por delante de un espejo y vi mi rostro reflejado, percibí que aquel gesto adusto no se correspondía con el momento glorioso que vivía. Ese tipo con cara de pocos amigos no podía ser quien yo creía que era. No podía ser el mismo que acababa de declarar su amor a una mujer. Mi sentimiento de gozo no iba parejo con aquel rictus serio, desesperado y como roto por el pánico. Le pregunté al corazón y no me contestó. Después le pregunté a mi cabeza y me dijo que había pasado por situaciones peores y que todas las había superado. De modo que seguí adelante con mis planes. Tal vez aquel muchacho tarambana que una vez estuvo profundamente

enamorado de Elisa reclamaba ser atendido en su deseo, aunque hubieran pasado cuarenta años. Creo que esa sería la explicación que urdiría mi buen amigo el doctor Spielvogel. Me dije que cualquier día se lo consultaría sobre el diván de su consulta.

—Ciro, si te has arrepentido de lo que me has propuesto, te libero ahora mismo…

—Elisa, por Dios, si me ves preocupado es por la investigación criminal que voy a empezar esta mañana.

—¡Oh, perdona, Ciro, tienes razón, en menudo lío te he metido!

—No es ningún lío, sino el trabajo que he realizado durante toda mi vida.

Capítulo 2

No exagero si digo que Elisa tardó al menos una semana en trasladarse. Mientras me dediqué a establecer los fundamentos de la investigación que iba a llevar a cabo. Desgraciadamente, la primera noche que ella durmió en mi casa no aparecí hasta la mañana siguiente. Resulta que era viernes y me fue imposible dejar la partida de póquer en Casa Salvador. Una partida en que tuve que hacer lo imposible para que al menos tres de los grandes fueran a parar al bolsillo del comisario Francisco Brines y de un par de inspectores, Paco Montes y Julio Ranero, de su misma brigada. Montes era un viejo zorro de carácter avinagrado y el otro, Ranero, diez años más joven y peinado a la antigua, siempre me dio la impresión, por los gestos de su cara, de que una hiena sin tregua le devorada los intestinos.

Dejarme ganar en el póquer era la manera más limpia y segura de poner de mi parte al gremio policial. La partida la jugábamos todos los viernes y solía durar

hasta las cuatro de la mañana. Aquella noche, después del punto final, el comisario y yo nos fuimos a tomar una copa al club Pigmalión. No tuve más remedio que invitarlo a que ligara con una de las chicas. Uno también se lanzó de espontáneo a la tentación que suponía una rubia explosiva de varios quilates, sobre todo de popa, un lugar donde los viejos solemos coincidir a la hora de las lamentaciones. Se llamaba Tina y me dijo que su sueño era llegar a ser secretaria. Le pronostiqué que con sus habilidades llegaría muy pronto a conseguirlo.

El comisario y yo terminamos a las seis y media de la mañana en la chocolatería de San Ginés. Nos sentamos a una mesa y dimos buena cuenta de un par de jícaras de chocolate y una docena de churros. Primero intercambiamos información muy precisa acerca de las cualidades anatómicas de las dos bellezas que nos habían acompañado. Después, cuando lo tuve a punto de nieve, le entré a degüello con una batería de preguntas en forma de misiles de largo alcance. Se las lancé tan de sopetón que no tuvo tiempo a parapetarse detrás de sus quinquenios.

—Ciro, recuerdo muy bien ese caso. El juez no tardó ni setenta y dos horas en culpar al ladrón de la muerte de esa señora.

—Demasiado rápido para mi gusto.

—¿Tienes que hacer alguna alegación?

—Por ejemplo, ¿el asesino tenía antecedentes?

—No, la verdad es que estaba limpio.

—Supongo que habrás visto las cintas de la cámara de seguridad.

—Las cámaras llevaban tiempo sin funcionar.

—¡Qué casualidad!

—Esas cosas suelen pasar. Siempre he dicho que la tecnología sería buena para la humanidad si no fallara cuando más se la necesita.

—Comisario, he repasado la hemeroteca del caso y el chico llevaba una pistola Makarov. Una pistola que usa la mafia rusa y otras raleas y que, francamente, me parece muy raro que la use alguien sin antecedentes penales.

—Si, Ciro, la verdad es que se trata de una clase de pistola que no se explica en manos de choricillos de poca monta.

—¿De cuantas balas es esa pistola?

—Puede disparar hasta ocho balas.

—¡Ocho balas!

—En el cuerpo de la señora encontramos cuatro balas.

—¿Y las otras cuatro?

—En el cargador solo quedaban dos balas.

—O sea, comisario, que te falta la parejita.

—Es posible que el chico solo tuviera dinero para comprar seis balas.

—Sí, la verdad es que puede que sea una cuestión de dinero. Sin embargo, alguien que puede comprar

una pistola de ocho disparos, de las más caras del mercado, lo lógico es que la cargue con las ocho balas de rigor.

—Dime, Ciro, ¿tienes alguna teoría acerca del dueño de esa pistola?

—La misma que con toda seguridad te ha rondado alguna vez por la cabeza. En mi opinión, el principal sospechoso es el marido de la víctima y, por lo tanto, él es el dueño de la pistola.

—Y en tu película ¿qué papel juega el chico?

—La madre, mi clienta, cree que ese chico era uno de los amantes de su hija.

—Me parece que esa señora no tenía un buen concepto de su niña.

—Las hijas son como son y a ti te encontré en la calle.

—Supongo que ahora me vas a pedir las diligencias judiciales.

—Supones bien.

—Un día me van a echar del cuerpo por tu culpa.

—No esperaba menos de ti.

—Dime una cosa, Ciro, ¿por qué siendo uno de los hombres más ricos del mundo, te quieres manchar las manos de mierda con este asunto tan feo? ¡Un caso sentenciado ya por un juez y que ni te va ni te viene!

—Te voy a contestar a esa pregunta y espero que tomes buena nota. Voy a trabajar en este caso que, como dices, ni me va ni me viene, por la sencilla razón